

EL TESTIMONIO SOBRE SÍ MISMO

Segunda plática

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Encomendamos a María esta segunda plática, este retiro para este Adviento, para esta Navidad,.

Introducción

Vamos a hablar ahora sobre esta segunda verdad que mencionábamos al principio de la que Jesús viene a dar testimonio: *Yo para esto he nacido, para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad.*

Primero hablábamos de la verdad sobre Dios, quién es Dios, que Dios es Padre, que Dios es Amor, que somos hijos y que Dios da testimonio de esto hasta la muerte, hasta la Cruz.

1- La divinidad de Jesús:

Ahora reflexionaremos un poco acerca de la verdad sobre Cristo. Qué dice Cristo de sí mismo. Es obvio que el Señor tenía total claridad de que Él era Dios. Suena muy ilógico pensar que Jesús es Dios y que no se dio cuenta de eso. Jesús sabía perfectamente que era Dios y por eso no tuvo ningún reparo en decirnos esa gran verdad porque era parte del testimonio que venía a darnos, era parte de la grandeza de su misión porque somos salvados justamente porque Él es Hijo de Dios, porque Él es Dios.

Nuestro Señor le pregunta a Pedro y a los demás apóstoles en un momento de su vida, lo cual está en Mt 16, quién dice la gente que soy yo, qué se dice del Hijo del Hombre? Le gustaba al Señor llamarse Hijo del Hombre, **en ningún momento niega, el Señor, que Él era hombre**. Unos dicen Elías, otros dicen que Juan Bautista, y ustedes, ¿quién dicen que soy yo? Y Pedro toma la palabra y dice: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo* (Mt 16,16), a esto Nuestro Señor le responde con solemnidad *Esto no te ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos* (Mt 16,17). La gran declaración de fe de Pedro, que Cristo era el Hijo de Dios vivo, aquello que le valió después que el Señor lo nombrara Piedra de la Iglesia.

Jesucristo entonces no solo acepta esto que dice Pedro sino que lo reafirma diciéndole que eso viene de lo alto. No se puede decir que Él es Dios sin el Espíritu Santo, como dirá San Pablo, sin que el Padre celestial se lo revele.

En Lc 22, 70 dice *Vosotros lo decís: yo soy el Hijo unigénito del Padre*, siempre hace la distinción y nosotros somos hijos en cuanto participamos de esa filiación de Cristo. Ya mucho antes, Él se designó como el "Hijo" que conoce al Padre, que es distinto de los "siervos" que Dios envió antes a su pueblo, superior a los propios ángeles. Distinguió su filiación de la de sus discípulos, no diciendo

jamás "nuestro Padre", salvo para ordenarles "vosotros, pues, orad así: Padre Nuestro" (Mt 6,9); y subrayó esta distinción: "Mi Padre y vuestro Padre" (Jn 20,17).

En Jn 12, 44: *Jesús gritó y dijo: «El que cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me ha enviado. Le dice Felipe: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta.» Le dice Jesús: «¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces Felipe? **El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.** ¿Cómo dices tú: “Muéstranos al Padre”? **¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?** ... Más adelante: *Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Al menos, creedlo por las obras.* De hecho los milagros que había hecho el Señor eran para mostrar Su divinidad, para aumentar la fe de la gente. *El Padre y yo somos uno*, también dirá en san Juan.*

Podríamos buscar muchas otras partes del Evangelio pero lo que estamos tratando de demostrar es cómo el Señor dio testimonio de la verdad de Su divinidad hasta la muerte, porque cuando Caifás le pregunta, lo conjura por el Dios vivo, que diga si Él era el Dios vivo, el Hijo de Dios, el Bendito, el Señor lo proclama solemnemente; se rasga las vestiduras y dice *estás blasfemando*, la grandeza de la fidelidad del Señor en mostrar su divinidad hasta el final, hasta derramar la última gota de su sangre, cumpliendo la misión encomendada.

Otra muestra de la divinidad de Cristo es en la curación del paralítico, no solo lo cura, sino que le dice: tus pecados te son perdonados; la gente se extraña, pero los fariseos falsamente se escandalizan pensando: quién se cree éste, solo Dios tiene poder para perdonar los pecados y Jesús, conociendo lo que estaban pensando dice: para que vean que el Hijo del Hombre tiene poder para perdonar los pecados –obviamente el Hijo del Hombre es Dios–, dice al paralítico: a ti te digo: toma tu camilla y vete a tu casa. Antes había dicho, qué es más fácil, perdonar los pecados o curarlo? Claramente entonces el Señor muestra el poder que tiene de perdonar los pecados porque es Dios.

Qué gran cosa es afirmar la divinidad de Jesús y cuánta falta hace en nuestro tiempo. El P. Castellani decía: Es lo más importante que tiene que decir el Evangelio y que tiene que enseñar la Iglesia. (CASTELLANI, *Sermón sobre la curación del paralítico*).

Jesucristo es Dios y, si no lo es, es un embustero, un traidor, un loco, porque la persona que dice que es Dios y no lo es, no puede ser bueno, al menos está mintiendo y a veces pasa que la persona que lo está diciendo está totalmente loca. Me crucé una vez, no muy lejos de aquí, con una persona que decía que Él era Jesucristo, que era Dios. Realmente creo que nunca he estado en la presencia de un loco tan loco como ese.

2- Importancia de la fe en la divinidad:

Jesucristo entonces, o es Dios, o no es nadie o es un embustero o está loco. Esto es bueno que lo pensemos, porque nos podemos encontrar en el camino -o a veces puede flaquear nuestra fe- gente que dice que Jesús era un profeta, un hombre bueno... no, no, no, no... usted está equivocado, al menos por lo que nos dice el Evangelio históricamente hablando: Jesús es Dios o no es nadie!

Retiro Espiritual de Adviento

P. Gustavo Lombardo, IVE

Lleguemos a esa verdad, profundicemos en eso, nos va a hacer mucho bien porque llegar a profundizar en que Jesús es Dios, hará que nuestra fe progrese, porque nuestra fe tiene esa base de la divinidad del Señor.

3- Único camino de salvación:

Ahora tenemos que dar un paso más, y es que la salvación viene del Señor. La conclusión más que lógica de lo que venimos diciendo es que solo por Jesucristo tenemos acceso al Padre; el mismo Señor nos lo dice sin ambages:

Jesús le dijo: *Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie va al Padre sino por mí.* Jn 14,6.

Y en ningún otro hay salvación, porque *no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres, en el cual podamos ser salvos.* Hech 4,12.

San Agustín afirma que fuera de Cristo, “camino universal de salvación que nunca ha faltado al género humano, nadie ha sido liberado, nadie es liberado, nadie será liberado” De Civitas Dei 10,32,2: CCSL 47,312.

Santo Tomás, comentario a Mt, cap. 8, L 1. *No es suficiente que el hombre se someta a Dios en cuanto a su divinidad sino también que se someta en cuanto a su humanidad* o sea que acepte que Dios se hizo hombre.

Caen por tierra entonces todos los “salvadores” que quieran ocupar su lugar. Poner a cualquier otro “salvador” al nivel de Jesucristo es, simplemente, no tener la más remota idea de quién es Jesucristo o, en definitiva, no tener fe en Jesucristo. Comparar a cualquiera: Buda, Mahoma, quien quieran con el Señor, *en quién habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente* (2Col 2,9), es comparar la creatura con su creador, a Dios con la creatura.

Desde Adán y Eva hasta nosotros, no hay otra manera de salvarse sino por medio de Jesucristo, de hecho se habla de Gracia de Dios, de esa gracia que hace falta para entrar al cielo... no hay otro modo... solo por Cristo... gracia de Cristo, porque gracia de Dios, así a secas, si se me permite, la perdió Adán por el pecado; toda la gracia que perdió Adán hasta la última que recibirá el último mortal en esta tierra, viene de Cristo, Cristo lo ganó todo en la Cruz, por eso, saquemos a Cristo y no queda nada.

Por eso, también hay que ver, en nosotros, cristianos, católicos, qué lugar ocupa el Señor en nuestra vida, hasta qué punto yo creo que es el único camino de salvación. Cómo hago yo para distinguir la verdad del error; ¿acaso la palabra del Señor tiene el mismo peso que cualquier otra palabra de cualquier ser humano? ¿No me está fallando la fe si eso pasa en mi vida? ¿Creo firmemente y vivo el hecho de que Cristo es Dios y vivo el hecho de que el único camino para la salvación es Dios y que me enseñó muriendo en la Cruz?

De aquí también que tome más peso lo que estamos viendo, el Adviento, lo que vamos a celebrar, la

Retiro Espiritual de Adviento

P. Gustavo Lombardo, IVE

Navidad. ¿Estoy celebrando que Dios se hizo hombre y nació en un pesebre, pobre humilde por mí, para que pueda volver a su Padre? Como siempre se dice: Dios se hace hombre para que el hombre pueda llegar a ser Dios.

Los santos alabaron de manera encomiable, insuperable a Jesús, y se quedaban cortos de palabras cuando se referían a Él porque estaban hablando del mismo Dios y lo que se dice de Dios se lo puede aplicar a Cristo.

Decía San Luis María Grignon de Montfort: Cristo "es el único maestro que debe enseñarnos, es nuestro único Señor de quien debemos depender, nuestro único jefe a quien debemos pertenecer, nuestro único modelo al que debemos conformarnos, nuestro único médico que nos debe sanar, nuestro único pastor que debe alimentarnos, nuestro único camino por donde debemos andar, nuestra única verdad que debemos creer, nuestra única vida que debe vivificarnos, y nuestro único todo en todas las cosas que debe bastarnos" (San Luis María, *Tratado de la verdadera devoción*, 61, o.c., p. 47).

De hecho es lo que el Señor nos pide: un amor más grande que el que podamos dar a cualquier otro: el que ame a su padre, a su madre, a su hijo o a su esposa o a sí mismo más que a mí, no es digno de mí. Cristo nos pide que lo amemos igual que lo que debemos amar a Dios.

San Ambrosio de Milán decía "Todo lo tenemos en Cristo, todo es Cristo. Si quieres curar tus heridas, Él es médico. Si estás ardiendo de fiebre, Él es manantial. Si estás oprimido por la iniquidad, Él es justicia. Si tienes necesidad de ayuda, Él es vigor. Si temes la muerte, Él es vida. Si deseas el cielo, Él es el camino. Si refugio de la tinieblas, Él es la luz. Si buscas manjar, Él es alimento". *Ejemplos Predicables*, p. 301

Por ejemplo, imaginemos que encontramos una persona que nunca escuchó hablar de Dios y que, como todos, tiene un gran deseo de felicidad. Y le decimos que Dios mismo ha revelado el secreto de la felicidad y que se lo podemos entregar si quiere aceptarlo. Si da crédito a nuestras palabras, ¿cuál no será su alegría, ansiedad y sorpresa por saber cuál ese secreto?

Nosotros tenemos ese secreto... Jesús un día subió a monte y predicó muchas cosas, entre las que se destacan ocho sentencias que son el secreto de la felicidad. Desde ese momento ese lugar cambió para siempre su nombre y ahora lo llamamos "Monte de las bienaventuranzas"... ¿Qué caso hacemos, por ejemplo entonces, a las bienaventuranzas? Sucede que las verdades que Nuestro Señor nos enseña, aun en las que se encierra el secreto de la felicidad, contrarían en lo más íntimo nuestra naturaleza herida por el pecado original –al que se agrega nuestros propios pecados, el demonio y la carne–. Por eso tenemos que buscar tener una vida espiritual muy seria y aprovechar estos "tiempos fuertes" como son el Adviento y la Cuaresma, como para profundizar en el hecho de cómo estamos viviendo nuestra fe en Jesús, que es Dios y que no solo quiere salvarnos –o sea darnos la vida eterna– sino también quiere darnos la felicidad en la tierra –en cuanto esto es posible aquí–... *he venido para que tengan vida y la tengan*

en abundancia (Jn 10,10)

Y, por supuesto no son solo sus palabras, toda la vida Cristo es luz, es vida, es verdad para nosotros: *el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida* (Jn 8,12).

4- Ser hijo en el Hijo: nuestra santidad:

Si no solo queremos salvarnos sino también llegar a la plenitud de la vida cristiana, es decir, santificarnos, ¿acaso es posible sin Cristo? Por supuesto que no. Nuestra santidad no es otra cosa que la plenitud de la vida de Cristo en nosotros.

Quiero terminar con unas palabras de la Madre Teresa de Calcuta que el padre Edward Le Joly, en su libro sobre la Madre Teresa de Calcuta, relata el momento en que obtuvo el permiso de la beata para escribirlo y las palabras pronunciadas por ella.

Él pidió a la Madre autorización para escribir una biografía de ella y de las Misioneras de la Caridad; la Madre le respondió:

“Está bien. Escríbalo. Usted nos conoce bien, ha estado con nosotras desde el principio. Tenemos las mismas ideas. Conoce nuestras Constituciones, pero sobre todo, diga a la gente lo que nos lleva a hacer lo que hacemos. Dígales –añadió la Madre, y su tono se hizo apasionado, suplicante, elocuente- que no estamos aquí por lo que hacemos, sino por Jesús- todo lo que hacemos lo hacemos por Él. Somos, sobre todo, religiosas, no asistentes sociales, maestras, enfermeras o doctoras. Somos monjas. Servimos a Jesús en los pobres. Es a Él a quien cuidamos, visitamos, vestimos, alimentamos y confortamos cuando atendemos a los pobres, a los desheredados, a los enfermos, a los huérfanos, a los moribundos ... Todo, todo lo que hacemos –nuestra oración, nuestro trabajo, nuestro sufrimiento– es por Jesús. Nuestra vida no tiene otra razón de ser, otra motivación. Es algo que mucha gente no entiende. Servimos a Jesucristo las veinticuatro horas del día, todo lo que hacemos es por Él y para Él. Y Él nos da la fuerza necesaria para hacerlo. Pero siempre el Señor es lo primero. Cuando alguien visita esta casa, le llevo antes que nada a la capilla, par que rece, y le digo: “Vamos a saludar en primer lugar al Dueño de la casa, a Jesús, que está aquí, y es por quien trabajamos y a quien estamos consagradas. A Él, que es quien nos da la fortaleza necesaria para llevar la vida que llevamos y vivir con alegría. Sin Él no podríamos hacer lo que hacemos, y menos a lo largo de toda una vida. Un año, dos, tres, quizá, pero no siempre, sin pensar en la recompensa, sin esperar otra cosa que padecer con Él, que nos amó tanto que entregó su vida por nosotros. Sin Jesús, nuestra vida sería incomprensible, no tendría sentido. Sólo Él puede explicarla...”¹

Tendría que poder decir todo cristiano lo mismo: sin Jesús mi vida no tiene sentido y si no lo puedo decir, es que no lo puedo vivir; estaríamos sacando a Jesús de nuestras vidas y si lo hago y mi

¹ Le Joly, Edward, La Madre Teresa, “Lo hacemos por Jesús.”, Ediciones Palabra, Madrid, 6º ed., 1996, pp. 14 y 15.

Retiro Espiritual de Adviento

P. Gustavo Lombardo, IVE

vida sigue exactamente igual, quiere decir que, de algún modo al menos, estoy viviendo prácticamente como un ateo o como alguien que no cree que Jesús es Dios, que no cree que Jesús se ha hecho hombre para salvarnos y que nos espera en el cielo.

Esa es la gran alegría del cristiano, la esperanza de que Jesús nos salvó y que nos espera, y que está siempre intercediendo por nosotros ante su Padre celestial y a su derecha está Su Madre, nuestra Madre, la Virgen, la cual también es invocada, precisamente por eso, como Causa de Nuestra Alegría.